

lherías á la Casa de la Ciudad. Allí los esperaban algunos miembros de la Comunidad revolucionaria que los saludaron elocuentemente y les dieron una bandera roja. En medio del entusiasmo prometen los masones, por boca de uno de sus primados, proponer la reconciliación con Versalles; y si no la alcanzan, incorporarse en los batallones más activos, y morir por los derechos de París. Desde la Casa de la Ciudad se encaminaron á la Bastilla, al gran espacio en cuyo centro se eleva la columna de Julio con el ángel de la libertad, desplegando las brillantes alas de oro en el horizonte. Nuevos discursos allí, nuevas manifestaciones; juramentos en el cuerpo masónico de proponer la concordia, entrega de banderas y lemas. Recorriendo luego toda la interminable línea de los boulevares, se internó la procesion por los Campos Elíseos. Allí no era posible continuar. El tiroteo y el cañoneo, esparciendo por doquier sus homicidas proyectiles y su horrible terror, impedían estender la manifestación bajo el grave peligro de que en su apretada multitud se cegara con horrible encarnizamiento la muerte. Dispersáronse por las calles vecinas en diversos grupos, y llegaron á las murallas donde pudieron valerosamente enarbolar sus pabellones. En el espacio que media entre la puerta Bineau y la puerta Dauphine, más de setenta y dos estandartes ondeaban al aire, custodiados por masones. Las esperanzas de estos no eran vanas. En cuanto los artilleros de Versalles divisaron estas enseñas de paz, impusieron silencio á sus máquinas de guerra. La manifestación había impuesto un armisticio por la fuerza moral.

Alentadísimos por estos resultados, con gran esperanza en la virtud de sus ideas y en el influjo de sus tradiciones, enviaron los masones una comisión al gobierno de Versalles. En las líneas enemigas los recibieron con grande consideración, en el tránsito los aclamaron con grande entusiasmo; Thiers mismo les abrió las puertas de su palacio y

oyó sus proposiciones; pero no resultó de todo esto ninguna apreciable avenencia. Después de veintiseis horas de armisticio el fuego comenzó unos dicen que por culpa de los comuneros parapetados tras el reducto moral de las enseñas masónicas, otros por culpa de los versalleses impacientes y anhelosos de asaltar á París. Las banderas cayeron desgarradas unas, y consumidas otras por el fuego. Vanas fueron para envolver los odios de unos y otros; pero al cabo suspendieron por unas cuantas horas el voraz apetito de la muerte! Cuando toda esperanza había terminado publicaron los masones la siguiente alocución:

«Hermanos: La Comunidad, defensora de nuestros principios sagrados, os llama.

»Ya lo sabeis; nuestros venerandos estandartes fueron rotos por las balas y destrozados por las bombas.

»Habeis respondido heroicamente; continuad auxiliando á nuestros hermanos.

»Las instrucciones que hemos recibido en nuestros respectivos talleres dictarán á cada uno de nosotros, y á todos, el deber sagrado que debemos cumplir.

»¡Felices los que triunfen; gloriosos los que sucumban en esta lucha santa!»

Cluseret decía luego que aquella manifestación y aquel armisticio había servido tan sólo para favorecer á los versalleses y contrariar á los comuneros.

Así los comuneros habían tomado tal irritación que un día aprisionaron en París por creerlo amigo de la conciliación al demócrata de toda la vida, al republicano de austeridad y de entereza, al íntegro diputado de Versalles Schœlcher, que habiendo combatido todas las tiranías desde la tiranía de la teocracia sobre la conciencia hasta la tiranía del rey sobre la voluntad, y habiendo roto entre sus hercúleas manos las cadenas de los negros amontonados en las islas francesas del mar de las Antillas; inflexible como la fé, puro como el pensamiento, lógico y frío como

las matemáticas, dispuesto sin embargo á morir, como un mártir, por su ideal; hombre ilustre cuyo apellido está asociado en la memoria de todos los buenos á una de las obras más meritorias del presente siglo, á la abolición de la esclavitud, bien merecía ser tratado como uno de esos monumentos vivientes en que se hallan escritos gloriosos recuerdos de lo pasado y guardadas lecciones para la generación presente que tanto necesita de la mayor y más saludable de todas las enseñanzas, de la enseñanza del ejemplo.

A medida que crecía la debilidad de los comuneros, crecía también su irritación. Conforme se iba viendo el fin, se iba apelando á medidas extremas. La Comisión central de los Guardias Nacionales que promoviera la insurrección del diez y ocho de Marzo, se dibujaba de nuevo en las piedras de las barricadas como para recoger el amargo fruto de su triste siembra, fecundada con el riego de tanta sangre y con el calor de tanto fuego. Cuando ya todo estaba perdido, la Comisión central disponía los medios de continuar la guerra más con palabras que con obras en la siguiente proclama:

«Al pueblo de París y á la Guardia nacional:

»Nuestros enemigos comunes, con una persistencia que exige de una vez para siempre ser reducida á la nada por un pacto público, extienden rumores de disidencia entre la mayoría de la Comunidad y la Comisión central de los Guardias Nacionales.

»La Comisión central, á propuesta de la Junta de Salvación Pública, se encarga desde hoy de la administración de la guerra.

»La que ha llevado la bandera de la revolución comunera, no ha cambiado ni degenerado. Es hoy lo que era ayer; la defensora nata de la Comunidad; la fuerza puesta á su servicio; la enemiga armada de la guerra civil; la centinela colocada por el pueblo al frente de los derechos que ha conquistado.

»En nombre, pues, de la Comunidad y de

la Comisión central, que firman este pacto de buena fé, desaparezcan las sospechas y las calumnias, los corazones latán, los brazos se armen, y la gran causa social, por que combatimos todos, triunfe por la unión y la fraternidad.»

Pero el sentimiento de la propia debilidad debía ser tan grande, la amenaza del peligro tan segura é inmediata que Rastoul, aquel antiguo presidente del club de los montañeses, médico de los hospitales comuneros, exaltado socialista, presentaba la proposición siguiente al debate y al voto de la Comunidad:

«Ciudadanos colegas: Reflexionando acerca de la situación actual, que he examinado bajo sus diferentes aspectos, adquiriendo la triste convicción de que la partida está perdida por nosotros, quizá, mejor informados, penseis que me engaño. Mas en el caso en que juzgueis como yo, que estamos vencidos, hé aquí dos medios que someto á vuestra consideración, y que impedirán la matanza de veinte mil valientes; matanza inútil, que es preciso evitar á toda costa.

»Bajo la guerra civil, las represalias y las venganzas se ejercen siempre de una manera terrible. El furor y la crueldad no reconocen límites; así, nuestro deber imperioso es impedir que se vierta inútilmente la sangre preciosa de nuestros conciudadanos.

»Hé aquí los dos medios que os propongo para obtener este resultado:

»Si, como yo, en vuestra alma y conciencia juzgais la situación perdida, convocad urgentemente á una reunión general á todos los miembros de la Comisión central y á los más que podais de nuestros colegas de la Comunidad, y hacedles adoptar esta proposición:

»La Comunidad de París y la Comisión central de los Guardias Nacionales, reconociéndose vencidos, ofrecen al gobierno de Versalles sus cabezas, bajo la condición de que no se perseguirá ni ejecutará ninguna

represalia contra la heroica Guardia Nacional.»

Y no solamente propuso esto, sino tambien que se aglomeraran los hombres armados de París con el ayuntamiento á su frente sobre las alturas de Menilmontant y fueran á ponerse bajo el amparo de los prusianos, á fin

de que los garantizasen estos y les dejaran libre el camino y franco paso á las regiones de América. Todo esto era absolutamente inútil. La Comunidad se habia desorganizado por sus propias fuerzas interiores, y no habia remedio, sonaba en el reló de los tiempos la inevitable hora de su muerte.

CAPITULO CVIII.

POSTRIMERÍAS.

Allá por el veinte de Mayo los sucesos adversos se precipitaban de una manera que solamente los fanáticos ó los ciegos dejarían de ver. Rochefort rogaba á su familia que corriese á su lado á fin de partirse al extranjero. Protot, el ministro de Justicia, era detenido á las puertas mismas de París, vuelto casi por fuerza al centro de la ciudad, y reintegrado en el ejercicio de sus facultades. Lullier corria, seguido de sus numerosos partidarios, por esos cuartos desalquilados, y sin embargo dispuestos y amueblados para recibir al minuto nuevos inquilinos, que abundan mucho en la gran ciudad, y que servian de guarida á los numerosos amigos del célebre marino, todos conspiradores, todos dispuestos á buscar el medio más seguro de abrir una de las puertas á la entrada ya indispensable de las tropas del Gobierno.

Pero al mismo tiempo, los comuneros más exaltados mostraban absoluta confianza en la superioridad de sus fuerzas, en el rigor de su resistencia y en la certeza de su victoria. Las esquinas estaban llenas de despachos como

el siguiente, que decia así: «Neully, doce y quince de la noche, quinientos federales han derrotado en el bosque de Bolonia á más de seis mil versalleses.» El hebertista Vermesch, cuyo periódico era la inmensa letrina de todas las inmundicias morales de París, daba treguas á la vena de sus calumnias para tejer palmas con que ceñir las sienes del general Dombrowski, vencedor en cien batallas ante los muros de París. El domingo veintiuno de Mayo dábase á beneficio de viudas y huérfanos un concierto en el Jardin de las Tullerías. El cielo estaba espléndido, el aire tibio, los árboles verdes, los cercados floridos, las señoras adornadas con sus mejores preseas; y las orquestas henchian los oídos de deliciosas armonías. Mientras sobre la esférica cabeza de las bellas se balanceaban al soplo de Mayo las cintas, las gasas, y las flores: sobre las curvas del arco de triunfo se abrían las granadas con siniestro estrépito y dejaban ligeras nubes de humo en el espléndido horizonte. A las cuatro y media de la tarde subió al tablado de la orquesta un teniente coronel